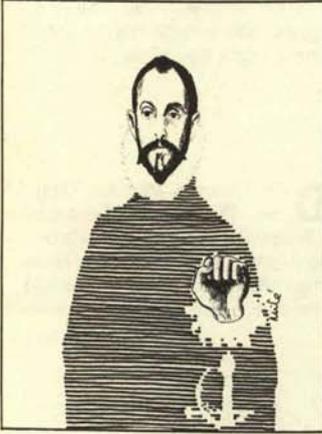


Nuestras lecciones magistrales para eruditos

EL ARTE ANTIGUO MODERNO ESPAÑOL

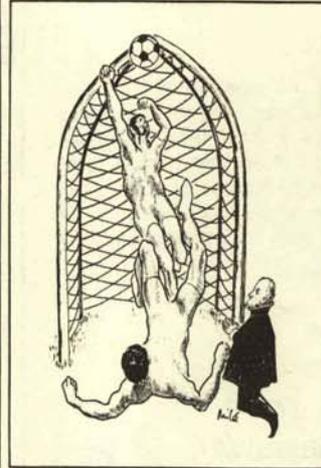


Caballero de la mano al pecho, alargado como un loco, a quien el Greco le puso la mano en su pecho, y luego él por su cuenta, se la puso en el pecho de una señora que pasaba por el museo, y ahora inicia ese gesto que no se sabe bien si es comunista, que ha cazado una mosca o que está jugando a los chinos.

Y luego el Entierro del Conde de Orgaz, con los extras vestidos y en sus puestos. No están en la huelga por la cosa del convenio, pues no vemos en el grupo a Juan Diego. Están esperando el cadáver del Conde de Orgaz que no llega. Nunca unos rostros imperiales resultaron tan inacabablemente aburridos. ¿Y el Greco? ¿Dónde está el Greco? Pues el Greco, que se cansó de esperar, ha salido un momento a cargarse al Conde.

Y esa titánica escena de fútbol gótico-flamígero, ese momento barroco den-

tro del área con el hincha arrodillado que es nada menos que Felipe II, el energúmeno de Occidente, orando por sus colores, que es el negro negruzco,



razón por la cual le llamaban «la alegría de la huerta».

Y en otro lugar el príncipe Baltasar Carlos, niño en el que no se ponía el sol, cabalgando sobre la más cruel tragedia picassiana que vieron los siglos, amancebamiento cubista de caballos luminosos y sangrientos, y el niño eterno bajando las gradas del alfabeto hasta la última letra en que nació la pena. (Esto es literatura, y lo demás son leches.)

Así que los personajes de los cuadros hacen lo que quieren cuando pasa el tiempo, y se ríen de los pintores, que eran más ultras que la mar. No se puede con ellos. Pero el día en que el Caballero de la mano al pecho complete su gesto y se haga de las comisiones obreras, ese día, por mi madre, que le pego un tiro con el pincel a la historia. ■ LICANTROPO

LOS pintores han muerto, pero sus cuadros siguen viviendo su vida, y entonces saltan, se rebelan, se salen de los cauces, ponen bombas. O sea, lo de todo el mundo. Ahí está el

